

Mujeres morelenses en la Revolución Mexicana Un enfoque de género

Women from Morelos in the Mexican Revolution
A gender approach

Rocío Aída Gómez Garduño

Resumen: La participación de la mujer en la Revolución Mexicana fue mucho más amplia de lo que nos imaginamos, pues no sólo cubrió su papel tradicional, como *soldadera*; sino que también realizó labores comúnmente adjudicadas a los varones, muchas tomaron el fusil y participaron en la lucha armada como soldados. Incluso, algunas de ellas tuvieron que hacerse pasar por hombres. De esta manera, podemos constatar la capacidad de la mujer para realizar todo tipo de roles, incluyendo los tradicionalmente adjudicados al varón.

En este artículo presento los resultados de la investigación documental, así como de algunas entrevistas provenientes de la fuente oral y de archivos orales, que dan cuenta de la participación de las mujeres, en especial, las morelenses. Este trabajo obtuvo el segundo lugar en el en el concurso estatal de ensayo *Las mujeres morelenses en la Independencia y la Revolución*, con motivo del Centenario de la Revolución.

Palabras clave: Revolución Mexicana, mujer, mujeres soldados, feminismo, género.

Abstract: The role of women in the Mexican Revolution was wider than we imagine. Not only they assumed their traditional role, as “soldaderas”, but they also took on tasks commonly assigned to men, many of them took up rifles and got involved in war as soldiers. Even some of them had to impersonate men. So, we can confirm the ability of women to perform all kind of roles, including those traditionally assigned to men.

In this article, I present results from the documentary research, as well as from some interviews coming from the oral source and oral archives, that show women participation, specially, those from the State of Morelos. This paper won the second place in the State Essay Contest on *Morelos Women in the Mexican Independence and Revolution*, made as a part of the celebrations of the centennial of the Mexican Revolution.

Key words: Mexican Revolution, woman, women soldiers, feminism, gender.

I. Las mujeres en la Revolución Mexicana

La Revolución Mexicana parece haber sido una larga lucha armada de hombres, donde no aparecen las mujeres, más que como una masa anónima de esposas, madres e hijas de revolucionarios. Basta con leer cualquier libro de historia de la revolución para darnos cuenta de su ausencia. Pero no fue así, la participación de la mujer fue crucial y necesaria para el desarrollo de la lucha revolucionaria. Lo digo no en el sentido de “detrás de cada hombre hay una gran mujer” porque también participaron en la lucha de manera independiente a su hombre, con o sin él. Este proceso histórico propició el inicio de grandes cambios de identidad en mujeres y hombres, al provocar la salida de mujeres, que centraban casi toda su existencia en la esfera privada, para salir a la esfera pública.

Su participación fue importante, tanto en calidad, como en cantidad. Esto sucedió en todas las tropas, las de los federales y las rebeldes. Fueron muchas las que dejaron sus hogares para ir a pelear, tantas, que en 1914, oficiales de Estados Unidos de Fort Bliss en Texas, estaban sorprendidos de encontrar que en la fuerza armada de 5,369 revolucionarios mexicanos, se incluían 1256 mujeres y 554 niños (Boyd, 2004). Y quiero aclarar que no es la primera vez que la mujer tiene gran participación en una lucha armada, desde la Independencia, así sucedió.

El censo de 1910 mostraba que apenas un 8.8% de la población económicamente activa estaba compuesta por mujeres, en su mayor parte, maestras de escuela. Esto hacía suponer que la división del trabajo en las clases estuviese bien definida, como si la gran mayoría de mujeres se dedicara exclusivamente al hogar, pero este cálculo estaba mal realizado (Macías, 2002:51), pues muchas mujeres eran

trabajadoras del campo, al lado de sus maridos, otras vendían en el mercado, cocinaban para los pasajeros de segunda o tercera clase del tren o eran artesanas. Anna Macías considera que este error del censo se debió a que los hombres eran quienes respondían las preguntas del censo y no querían que se supiera que sus mujeres colaboraban con el ingreso familiar.

Es posible que algunas mujeres de clase media y alta pudieran no haber participado de ninguna manera y seguir en sus casas, pero la mujer pobre no tenía muchas opciones. Si su hombre se iba a la Revolución, la mejor opción para ella era seguirlo o convertirse en soldadera; pues si se quedaba en su hogar, si es que no se la llevaban a la fuerza, de todos modos el hambre la perseguiría y tendría que esconderse a piedra y lodo para que no la encontraran, pues cuando llegaba el ejército a los pueblos, era común que robaran y violaran a las mujeres; o, quizás, pudiera escapar y esconderse en las montañas con sus padres. Ante este panorama es lógico pensar que muchas mujeres se hicieran pasar por hombres para sobrevivir.

Las mujeres se integraron de muchas maneras. Como intelectuales, fueron reporteras y periodistas; en el campo de batalla, la mayoría de ellas como soldaderas, algunas otras se incorporaron como “marías”, siguiendo a la tropa para venderles comida, como prostitutas y algunas, como soldados. La versión general con respecto a su participación es que acudían no por ellas mismas, sino en búsqueda de sus hombres, ya fueran esposos, amantes o hijos. Pero la mujer tuvo razones que van mucho más allá de esto, para participar. Ellas también se involucraron por las crecientes condiciones de injusticia, y sobre todo, por la falta de libertad de expresión. A continuación voy a hablar de su participación como intelectuales, y después, en el campo de batalla.

II. Participación intelectual de las mujeres

Las mujeres intelectuales más reconocidas fueron Hermila Galindo, Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, Dolores Jiménez y Muro y Carmen Serdán. Hermila Galindo, secretaria de Carranza, creó la revista *La mujer moderna* e intervino como oradora en el Congreso feminista de Yucatán, en 1916, defendiendo los derechos de la mujer a participar también en la esfera pública. Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, era editora de la revista *Vésper*, en la que escribía contra el gobierno de Porfirio Díaz, la iglesia y el estado; Dolores Jiménez y Muro, de profesión maestra y que fue invitada por Zapata para participar en la Revolución, escribió desde la Penitenciaría de Belén en marzo 3 de 1914, una excelente carta a Aureliano Blanquet, en ese entonces general de División del gobierno de Huerta, en la que ofrece sus servicios al gobierno, explicando las razones de la Revolución. El remedio pacífico que ella encuentra para cumplir con las exigencias legítimas de los rebeldes, es que Huerta convoque a los revolucionarios a una convención para que se cumplan sus exigencias y que el Congreso de la Unión eleve lo acordado a categoría de ley, además de que libere a los presos políticos que manifiesten conformidad con la disposición. La claridad de su discurso y gran facilidad de palabra es evidente. Me llama la atención que lejos de sentirse víctima por estar recluida injustamente, está ofreciendo una solución a la lucha armada, resumiendo las causas. Es difícil de creer que ante tanto talento, no haya existido ninguna mujer autora de alguna decisión en la Revolución, de estrategias de guerra o como jefa revolucionaria.

¿Cuántos conocemos sus escritos? Es difícil de creer que escribiendo con tal claridad, no tengamos a nuestra disposición libros o artículos sobre la Revolución Mexicana escritos por Dolores Jiménez y

Muro. Su voz es la voz de una mujer que es *sujeto* (no solo objeto de estudio) activo en el proceso histórico de la Revolución.

Otras maestras que participaron fueron Julia Nava de Ruisánchez, Elisa Acuña y Rossetti y María Arias Bernal. En Morelos, Paulina Ana María Zapata Portillo ha contado con una gran participación pública después de la Revolución. En 1940 fue presidenta de la Acción Femenil en la campaña del estado de Morelos, síndico procurador del ayuntamiento de Cuautla en el trienio 1958-60, diputada federal por el estado de Morelos en el Congreso de la Unión durante los años 1967-70.

III. Las soldaderas

La palabra *soldadera* viene del término *soldada*, de origen aragonés. Así se llamaba a las mujeres que empleaban los soldados (durante las guerras e invasiones) para ayudarles en las tareas propias del hogar, como sirvientas. Ellas iban al cuartel a cobrar su sueldo o *soldada* (Poniatowska, 1999: 20). Su trabajo era atender a un soldado y además, constituía una forma de ganarse la vida. En el caso de la Revolución Mexicana, las soldaderas son las mujeres que acompañaron a sus hombres en la lucha armada. Eran las hijas, esposas, madres y amantes de los soldados. En este caso, estaban en la lucha por su hombre, no por ellas mismas. Es el caso de las mujeres que tuvieron que salir de su hogar para estar corriendo de campamento en campamento siguiendo a su esposo, independientemente de sus ideales.

Veamos el siguiente testimonio:

P. ¿Iban mujeres acompañando a la tropa o no?

R. Sí, iban también, unas porque eran sus hijos, otras porque eran sus maridos y: 'que yo me quedo, que yo me voy y...'. Pues nada más a hacer bola, a exponerse de también a que las mataran, pues no iban a otra cosa. Las bajaban de los trenes, y no se bajaban, porque ahí iba el marido, ahí iba el hijo, y se iban al combate, porque se iban de 'machetonas', arriba de los trenes, pero no porque iban a combatir; ellas nada más iban por amor a sus parientes [...] Iban arriba del tren, ahí iban haciendo cocina; ellos comiendo y las mujeres haciendo tortilla y abajo: '¡Órale viejo!' y '¡Órale, mi hijo!' (González, 1974).

Recuerdo que cuando Filadelfo me llamó una mañana: 'Ven, nos vamos a pelear porque hoy el buen Pancho Madero ha sido asesinado'. Sólo nos habíamos querido ocho meses, y el primer hijo no había nacido, y yo dije: '¿por qué debo ir yo también?', él contestó: '¿entonces, debo morirme de hambre? ¿Quién hará mis tortillas si no es mi mujer?'. Tardamos tres meses en llegar al norte, y yo estaba enferma y el bebé nació en el desierto igual que aquí y murió porque no conseguimos agua (Poniatowska, 1999:14).

Encontramos historias de mujeres que no cocinaban en general para todos los hombres, sino para los suyos, aunque a veces apoyaban a los hombres solteros y a alguien más, con el permiso del marido. También había algunas mujeres que les cocinaban a cambio de algún pago o entre sí lo hacían.

P. ¿A todos [las soldaderas] le hacía la comida?

R. No, a todos no, a sus maridos (Moreno, 1973).

[Las soldaderas son las mujeres] que acompañan al esposo o al amante en sus correrías militares; cargan un niño, una canasta de ropa y utensilios de trabajo. Se les puede ver en los abandonados campos de batalla, llevando agua a sus señores heridos y quitándole la ropa a los muertos [...]. Son celosas y valientes [...] y su código moral tiene dos preceptos [...] fidelidad absoluta y abnegación incondicional hacia el esposo o amante, y respeto por los oficiales del batallón o regimiento (Guerrero: 163-4).

Hacían recorridos a pie llevando lo indispensable para preparar algo de comer: molcajete, metate, comal y llevando a cuestas a sus hijos. Atendían a maridos enfermos o heridos y también contrabandeaban información, municiones, armas y víveres, podrían cargar un catre

plegadizo, tapete, sarape, ollas, leña, maíz, tortillas, críos y municiones. Algunas de ellas no estaban por voluntad, pues eran robadas de sus hogares.

Las soldaderas luchaban como fuera para obtener el alimento diario para sus hombres y hacían lo que fuera para lograrlo, es decir, daban todo y en condiciones terribles por mantenerlos en el mejor estado posible. La empresaria Rosa King, que era una inglesa dueña del Hotel Bellavista y que dada sus circunstancias le tocó estar del lado de los federales, llegó a admirar a las soldaderas, y las comparó favorablemente con otras mujeres burguesas, y nos habla de ellas así:

Las maravillosas soldaderas –no había nada en el mundo semejante a su paciencia y su valor en tales tiempos– recorrían el pueblo a la caza de comida, y si no había otro remedio la robaban, como fuera y donde fuera, para alimentar a sus hombres. Éste era el tipo de mujeres que un día, en el norte, cuando sus hombres huían y el parque se agotaba, amarraron sus rebozos al carretón de municiones y lo jalaron hasta ellos. Mis respetos para las mujeres mexicanas de esta clase –la clase de mujer que desprecian las otras, las que viven en una indolente opulencia, con un orgullo que ignora su propia inutilidad. Las mujeres que marchaban junto al soldado mexicano, que se adelantaban al lugar donde éste acamparía para tener listo el refrigerio, que lo atendían en la enfermedad y lo reconfortaban cuando iba a morir, fueron asistentes e intérpretes, cumplieron su parte en la consolidación del actual gobierno liberal. ¡Mujeres mexicanas educadas que apenas escapan de sus ciegos caparazones, recuerden esto y honren, donde quiera que ella se encuentre, a la soldadera mexicana! (King, 1997: 139).

No importa en qué bando estuvieran (federales, zapatistas, villistas o carrancistas) eran valientes y muy bravas, Rosa King nos cuenta el siguiente relato:

Recuerdo que un oficial me contaba con mucho gusto de cómo en cierta ocasión, cuando nuestro ejército cruzó la pequeña aldea de Chapultepec, no muy lejos de Cuernavaca, las soldaderas ‘agarraron su cena’ como ellas decían. La improvisada cuadrilla de proveedoras que según la costumbre se había adelantado a las tropas fatigadas y hambrientas, avistó de repente

bandadas de guajolotes gordos y finos, gallinas y pollos. No les faltaba el dinero, pues todavía se pagaba regularmente a los federales, y ofrecieron comprar algunos ejemplares de esta tentadora exhibición avícola. Pero los propietarios de los corrales eran zapatistas. A ningún precio querían vender a las mujeres de los federales.

– ¡Qué bueno! – respondieron las soldaderas. ¡Entonces nos las llevamos! ¡Ni modo que nos quedemos sin comer!

Y sin más, correataron a las aves y cogieron las más regordetas, mientras los dueños se quedaban de una pieza, sin atreverse a protestar. ¡Todos conocían a las soldaderas!

Pero las soldaderas no siempre se trasladaban a los campamentos, sino que podrían servir desde su casa, esto pasó principalmente en las filas zapatistas, quienes abastecieron a las tropas que viajaban cerca. Además, no todas las tropas querían llevar soldaderas, como fue caso de Villa, que consideraba que su presencia les entorpecería la agilidad de sus movimientos.

Era raro que tomaran las armas, aunque llegaban a hacerlo durante el combate, y a la muerte de su hombre, algunas tomaron su uniforme y arma para seguir peleando, como es el caso de Rosa Bobadilla Albarrán, quien a la muerte de su esposo, Severiano Casas, tomó su lugar al lado de sus hijos y se volvió guerrillera.

La vida real de la soldadera era terrible, pues traía al hijo a cuestas, podía ser violada y aún embarazada tenía que continuar, a veces dando a luz en situaciones muy incómodas y, en muchas ocasiones, por las condiciones de hambre e insalubridad, el bebé moría.

La función de las soldaderas era muy importante, pues proveían de alimento a las tropas, curaban, cuidaban a su hombre y le daban ánimos. Inspiraron corridos muy conocidos como los de “Valentina” y “Adelita”. Desafortunadamente, también se refirieron a ellas con términos despectivos, como marietas, roscas o cucarachas. Algunas no podían llamarse propiamente soldaderas, pero participaron con

múltiples funciones, como las de ser espías e informar de las acciones del enemigo y contrabandear armas, otras les vendían a los soldados carne seca, hacían sus tortillas y cocían sus frijoles; y, en algunos casos, se prostituyeron. Y otras no seguían a la tropa, sino que eran parte de ella, como soldados.

Dolores Gutiérrez González. Nació en San Bartolito, Naucalpan, estado de México y murió en Cuernavaca a los 113 años. Fue enfermera de los zapatistas.

Algunas morelenses zapatistas destacadas fueron: Julia Mora Farfán, quien fue la cocinera de Zapata, Buenaventura García Quintana, Apolinaria Flores, Catalina Muñoz Zapata, Ángela Gómez Saldaña y Ángela Jiménez.

IV. Mujeres guerrilleras

La idea general de la mujer que se hallaba junto con las tropas en el movimiento armado, es que ésta seguía a su marido, a sus hijos o hermanos, como si no se movieran por sí mismas. No contemplan el hecho de que hayan participado en la Revolución por sus propios ideales, sin intermediación de ellos. Se trata de mujeres que se integraron a las labores revolucionarias, pero no como las mujeres de..., ni por seguir a un hombre, sino como soldados, con el mismo rol de los hombres. Algunas de ellas lograron obtener un rango importante y por sus propios méritos. Ellas se concentraron exclusivamente en las labores de guerra, con rol masculino, incluso vestían atuendos de hombre y adoptaban actitudes varoniles, iban a caballo y se conducían como los varones. A la hora de la guerra, eran un soldado más.

Según un estudio que se realizó (Jaiven, 93:85-102) con base en entrevistas a revolucionarios, nos deja ver la visión general de los

hombres que combatieron; ellos afirman que habían unas cuantas, pero su función era distinta a la de ellos. Aunque sí las catalogan como mujeres valientes, tenían fama de ser más confiables, pues se mantenían sobrias, y consideraban que acudían, no tanto para combatir, sino para seguir cumpliendo con el rol tradicional de mujer: tras sus hombres e hijos, para darles de comer y atenderlos. Los hombres se acuerdan de las soldaderas, pero muy poco de las mujeres soldados o guerrilleras.

A algunas mujeres les fue otorgado el rango de coronelas. Sin embargo, en varios casos, Zapata les dio este rango para protegerlas y darles un trato especial, como el de Julia Mora Farfán. Pero hay casos en los que no es así, sino que lo alcanzaron por mérito propio y tuvieron a su cargo a muchos hombres.

Algunas de estas mujeres guerrilleras son Remedios Farrera, quien inspiró la novela *La Negra Angustias* de Francisco Rojas y fue llevada al cine por la directora Matilde Landeta; ella decide tomar las armas y lucha como un varón. La China, de Puente de Ixtla, formó batallones de mujeres para vengar las muertes de sus esposos, hijos o familiares asesinados o muertos. Ellas hicieron incursiones en Tetecala, vestidas con harapos, otras con delicadas ropas robadas, medias de seda y vestidos del mismo material, huaraches, sombreros de petate y cananas. Se convirtieron en el terror de la región y hasta Genovevo de la O las veía con respeto.

Cuando mataron a Severiano Casas, Zapata le dio a su esposa, Rosa Bobadilla (4 de septiembre de 1875), el derecho de continuar en su lugar, al mando del general Genovevo de la O. Ella y sus hijos se levantaron en armas en 1911 en Yautepec. Pero ellos murieron en combate. En 1915 le dieron el rango de coronela, parece que con el objeto de protegerla y luchó hasta 1919 cuando cayó enferma.

Carmen Amelia Robles Ávila era de Xochipala, Guerrero. Participó con el Ejército Libertador del Sur hasta noviembre de 1918 con el grado de coronela. Después reconoció al régimen de Venustiano Carranza y se incorporó a las fuerzas de la División de Maycotte. En 1920 apoyó al Plan de Agua Prieta. Siguió peleando con Obregón en 1924 a las órdenes del general Adrián Castrejón Castrejón, pero con el grado de Sargento. Después quiso ser considerado hombre, por lo que pidió que se le llamara Coronel Amelio Robles. Era lesbiana y acentuó su masculinidad al usar una camisa cerrada y una corbata bien anudada. Regresó en 1926 a trabajar su tierra. Tuvo cargos públicos, como el de representante de bienes comunales en Xochipala y fue depositaria de los títulos originales del pueblo. Cuando la entrevistó Miguel Gil en 1927, y le preguntó por qué había participado en la Revolución, ella respondió:

R: Por una mera locura de muchacha, fue una aventura como cualquier otra.

P: Y, ¿qué sensación experimentó usted, al encontrarse en plena aventura?

R: La de ser completamente libre.

En el archivo de veteranos de la Secretaría de la Defensa Nacional aparece como hombre, con el nombre de Amelio Robles Ávila. En 1973 obtuvo la condecoración del mérito revolucionario. Sin embargo, en 1974 solicita pensión vitalicia, pero en 1975, la Secretaría de la Defensa Nacional le responde: "No existen antecedentes militares del interesado [...]. Por lo que se concluye, según el expediente del archivo de veteranos de la Secretaría de la Defensa Nacional, que el precitado C. Amelio Robles Ávila, carece de personalidad militar reconocida por esta Secretaría...". ¿Acaso tendrá que ver con que su nombre no coincida

con el hecho de que es mujer y no fue reconocido su cambio de nombre? Una última pregunta: ¿acaso no fue beneficiada en la dotación ejidal, con una parcela, pues al fin de cuentas, era la causa de la lucha revolucionaria?

María Villaseñor. Fue coronela villista. Estuvo a las órdenes del general Bañuelos entre 1914 y 1915.

La güera Carrasco. Rosa King la llamaba la Coronela Carrasco.

Dina Querido. Nació en Alpuyecá en el año de 1886. Se unió a las fuerzas del general Genovevo de la O en 1913, fundó las escuelas y las guarderías para los hijos de los maestros del ejército. El 5 de octubre de 1939 le otorgan la condecoración al mérito revolucionario. Funda el Frente Zapatista Femenil Revolucionario.

Isabel Quintana Reza. Nació en Cuernavaca. Participa con el general Felipe Neri Arizmendi, quien le da el nombramiento de Coronela por su valor en el uso de las armas. A su muerte, se une a las fuerzas del general Everardo González.

Otras mujeres morelenses que tuvieron una participación destacada son: Matilde Echevesti, María Félix Méndez, Benita Molina, Josefina Pulido de Montaña, Clementina Rojas y Dominga Solís.

Mujeres de Yautepec en la Revolución

Concho, la partera¹. Nos cuentan que era originaria de Yautepec y siendo adolescente adoptó personalidad masculina para ganarse la vida boleando las botas de los militares. Llegó a convivir con ellos y cuando se fueron, ella los siguió y tomó las armas, quienes le dieron grado

¹ Esta información proviene de la fuente oral, del entonces Director de Patrimonio Cultural y cronista de Yautepec, el Lic. César Ortiz Triana, entrevistado en julio de 2010.

militar. Al terminar la Revolución, regresó a Yautepec y se dedicó a atender partos. Entonces volvió a vestirse y a comportarse como mujer.

María Esperanza Chavarría Morales. Nació en 1898, era originaria de Jonacatepec y fue muy cercana a Zapata, comenzó a acercarse a la milicia desde muy pequeña. Se vestía de hombre y mandaba a los soldados del sur. Nos cuenta su sobrino nieto, Francisco Bastida, que se unió a las fuerzas zapatistas del coronel Román Castro el 1 de mayo de 1911 en el puente del río Yautepec, junto al zócalo. A partir de ese momento participó en muchos combates tales como los sitios de Cuautla, Puebla, Chilpancingo y en múltiples enfrentamientos en el estado de Morelos, hasta que el 2 de octubre cae prisionera por los federales y es conducida a México, donde es trasladada a Veracruz, hasta obtener su libertad el 5 de diciembre. Es hasta el 15 de agosto de 1914 que se reincorpora a las filas revolucionarias con el general de División Amador Salazar, participando en la toma de Ozumba y Mexicaltzingo donde cae herida. Después de recuperarse se dedica a trasladar armas y a transmitir mensajes a los distintos frentes, así como ayudante de enfermería. A la muerte de su medio hermano Herminio Chavarría, quien se encontraba en combate en el estado de México, trasladó fusiles y parque a Cuautla. Ante esto y sus méritos en combate Benjamín Argumedo, asistente del general Zapata, le solicita a éste su ascenso como coronela y Zapata lo concede. Fue muy cercana a Zapata, quien le decía que si lo mataban siguiera luchando por los objetivos: tierra y libertad. Le llamaron “la coronela del Cachazo”, pues Argumedo observó cómo Esperanza le dio de “cachazos” a un federal para que les entregara el parque.

Chavarría Morales acompañó a Madero durante su entrada a México en 1911. Se cuentan proezas de esta joven a quien respetan los insurrectos igual que a un “jefe enérgico y valiente”. Fue regidora de

este municipio, pensionista por servicios prestados a la Revolución del Sur, la enviaron a Veracruz para prestar sus servicios post-revolucionarios como partera, y fue jefa de parteras en el Centro de Higiene y Salud del municipio de Yautepec. Sus últimos años los vivió de manera modesta en una vecindad en el centro de Yautepec, donde falleció el 26 de julio de 1968. Sus restos descansan en el panteón municipal de Oacalco al lado de su hermana Antonia y su cuñado Manuel Rojas.

Otra de estas mujeres, que ha sido poco reconocida y que obtuvo el grado de coronela por mérito propio, es María de la Luz Espinoza Barrera, mejor conocida como “Doña Lucha”, “La Pachona” o “la Coronela”. Ella constituye un ejemplo de lo que puede hacer la mujer en circunstancias extremas, como las que ella vivió y que además peleó por sus ideales como soldado en las filas zapatistas.

Las mujeres guerrilleras tenían que masculinizarse

Parece ser que las mujeres que tomaron las armas, en cualquier bando, necesitaban masculinizarse para sobrevivir. He aquí la opinión de Anna Macías, investigadora del Programa Universitario de Estudios de Género:

[La mujer] necesita masculinizarse completamente, en lo exterior y en lo interior: vestirse como hombre y conducirse como hombre; ir a caballo, como todos, resistir las caminatas y a la hora de la acción demostrar con el arma en la mano que no es una soldadera, sino un soldado. (Macías, 2002: 65)

En algunos casos, se hicieron pasar por hombres. Es posible que no ejercieran las funciones de soldado plenamente apareciendo como mujeres, por eso cambiaban hasta de personalidad. A nivel nacional,

eso sucedió con Petra Ruiz, quien después de un año de pertenecer al ejército revolucionario y haber alcanzado el grado de teniente por dirigir batallones y ante la sorpresa de todos le dijo a Carranza: “quiero que sepa que una mujer le ha servido como soldado”. Otro caso es el de Petra Herrera, quien para permanecer en el servicio activo y ascender, se hacía pasar por Pedro y fingía rasurarse la barba. Estuvo en las tropas villistas, mostrando una gran capacidad de liderazgo. Pero qué sorpresa les daría a sus compañeros cuando después de ser reconocida como un excelente soldado, salió con trenzas y gritó: “Soy mujer y voy a seguir sirviendo como soldado con mi nombre verdadero” (Poniatowska, 1999:16). Ella fue capitana y formó una brigada con puras mujeres y fueron como unas veinticinco. En su caso, el pasar como hombre era razonable, tomando en cuenta que Villa sólo concebía la fuerza masculina. Además, es difícil que una mujer lograra participar en las tropas villistas, pues Los Dorados de Villa eran bien temidos porque amenazaban y violaban a muchas mujeres y tenía fama de que ninguna se les escapaba. Así recuerdan a esta valiente mujer:

P. ¿Peleaban [las mujeres]?

R. No. [Contesta la esposa] Petra Herrera.

R. ¡Ah! Ésa era la única; había una... Petra Herrera, ésa tenía el grado de Capitán y tenía mujeres, tenía un batallón como de veinticinco muchachas (eran villistas también) y era capitana Petra Herrera².

Estas mujeres guerrilleras me recuerdan al personaje Orlando de Virginia Woolf, representado como un ser andrógino, el cual puede aparecer como hombre o como mujer. El mito de la mujer obediente, sumisa, abnegada, “femenina”, queda atrás en estas mujeres. Ellas,

² Entrevista con Luis García Márquez, realizada por María Alba Pastor, el 6 de septiembre de 1973 en la Ciudad de México, *Archivo de la Palabra*, íbidem, PHO/1/101, p. 9. Tomado de: Eva Salgado, 1985: 206-218.

valientes y bravas, hacían lo mismo que el hombre y pareciera que no existiese actividad en el campo de batalla que como mujer no pudiesen realizar. Regresando al hecho de los protagonistas de los libros históricos sobre la Revolución Mexicana, vemos las decisiones fundamentales que marcaron el rumbo de la Revolución, aparte de la masa anónima de soldaderas, parecen ser todos realizados por hombres. Me pregunto si existen características esenciales, o cualidades, que debe tener un jefe revolucionario, que no tuvieran las mujeres. Ante esta evidencia, parece que no. Además, las características y actitudes que consideramos propias de la mujer, encuentro difícil de percibir las en personajes en las mujeres soldados. Este hallazgo apoya la afirmación de Simone de Beauvoir de que la mujer no nace, se hace. Siendo así, ¿cuál es la razón de que las mujeres no aparezcan como protagonistas de la Revolución?

Veamos, a fines de 1915, en Yucatán, el general constitucionalista Salvador Alvarado, quien convocó a las mujeres al Primer Congreso Feminista, donde intervinieron muchas mujeres, en su gran mayoría maestras y se planteó “¿cuáles son las funciones públicas que puede y debe desempeñar la mujer, a fin de que no solamente sea elemento dirigido, sino también dirigente de la sociedad?” (Orellana: 87-90); establecieron que “la mujer intelectualmente, no tiene diferencia alguna con respecto a la constitución cerebral y de los arrestos intelectuales del hombre”. Por tanto, puede ejercer cargos públicos. Si hubieran tomado en cuenta los modelos de estas mujeres guerrilleras, podrían concluir, igualmente, que no están limitadas para los rangos militares. Sin embargo, ganaron las feministas moderadas, y aprobaron resoluciones en el sentido de que la mujer se dedique a nuevas actividades, a las artes y ciencias, pero solo las llamadas femeninas y su posibilidad de votar y ser votadas en el futuro.

No hay reconocimiento justo a la participación de las mujeres.

Si bien, la participación de la mujer guerrillera estuvo a la altura de cualquier hombre y a pesar de que varias mujeres dirigieron a cientos de hombres en combate, aún no he encontrado registro alguno que indique que las mujeres tomaron decisiones importantes para el rumbo de la Revolución; los libros históricos mencionan a varones realizando las órdenes sobre cuáles acciones militares se habrían de realizar. En las cartas que podemos encontrar, la mayoría provienen de Emiliano Zapata, dirigidas a hombres. Muchas de ellas son de Zapata dirigidas a Genovevo de la O, girando instrucciones. Pero parece que Zapata o alguno de los generales de la Revolución nunca se dirigieron por carta a una mujer, o es desconocido ese registro. También es de notar que, aunque las llamaban generalas, ¿es posible que hubiera limitaciones para que ellas ascendieran a los cargos más altos o fueran reconocidas al tomar decisiones importantes? Es decir, ¿que por el simple hecho de ser mujeres, no pudieran aspirar a un cargo del nivel de militares como Genovevo de la O, o Gildardo Magaña? Ninguna mujer firmó el Plan de Ayala y creo que no ejercieron un cargo más elevado después de coronelas, pues casi no he encontrado referencias de ello (si es que las hay). También es de notar que ninguna mujer firmó el Plan de Ayala. Y, sin embargo, ¿cuántas mujeres en la Revolución sabemos que como jefes tomaron decisiones decisivas en el acontecer de la misma?, ¿cuántas fueron limitadas en su desempeño debido a pertenecer al género femenino? En el caso de Amelia Robles, cuando estuvo del lado del gobierno de Obregón contra la rebelión de Huerta, bajo el mando del general Adrián Castrejón, actuó con el grado de sargento, inferior al que ya había alcanzado, ¿acaso por ser mujer?

Como ya vimos, algunas mujeres dirigían a hombres en el campo de batalla, por lo que es ilógico suponer que las decisiones que

trascendieron en la historia de la Revolución siempre fueron realizadas por hombres y que las mujeres sólo participaron en el movimiento, de modo subalterno. ¿No podría ser factible que alguna mujer hubiera tomado alguna decisión, pero para comunicar la acción tendría que aparecer en la autoría de un hombre?, ¿cómo es el caso bien conocido en la literatura, en la que algunas mujeres tuvieron que tomar el nombre de varón para poder ser publicadas? Tal fue el caso de la escritora francesa del siglo XIX, George Sand, cuyo verdadero nombre es Aurore Lucile Dupin, por ejemplo.

Se habla de héroes de la Revolución, pero, ¿a cuántas heroínas conocemos? Y otra cosa más, muchas de las soldaderas y soldadas vivieron en la miseria después de acontecido el levantamiento armado y, ¿cuántas se hicieron ejidatarias en las primeras dotaciones y ampliaciones ejidales de la época posrevolucionaria? Prácticamente no existieron, pues las dotaciones se consideraban familiares y eran otorgadas al jefe de familia. Esto demuestra una gran asimetría entre la participación de la mujer y los beneficios que obtuvo durante la repartición de ejido, y refleja la restricción del mundo de la fémina a la esfera privada.

Es difícil creer que ante tanta evidencia mostrada de la capacidad de la mujer, no hayan tomado decisiones dignas de reconocerse y no se les considere como protagonistas fundamentales en el proceso revolucionario. Realmente, sin ellas, la Revolución no hubiera podido llevarse a cabo, pues además de que les daban de comer a sus hombres, los motivaban y los curaban, estuvieron a la altura cuando pelearon con el rol de varones. Por eso, es justo que se les reconozca en su dimensión real. El movimiento de la Revolución fue posible no sólo por el llamado de Emiliano Zapata, sino por todo el contexto que lo impulsó y en ello, las mujeres tuvieron un papel fundamental.

V. Avances legales hacia el reconocimiento de los derechos de las mujeres

A fines del siglo XIX, en México, el ámbito de la mujer (de manera oficial) estaba reducido a la esfera privada, mientras el espacio del hombre era el de la esfera pública. La mujer era concebida como menor de edad, no era ciudadana y estaba sujeta a su marido. La Revolución Mexicana vino a romper este equilibrio en el momento en que la mujer entró en la esfera pública, pero el cambio ha sido gradual.

En 1914, Carranza decretó el divorcio, suponemos que en ello tuvo mucho que ver su secretaria particular, Hermila Galindo, quien lo defendió en el Congreso Feminista. El ámbito personal, íntimo o privado que era destinado a la mujer, para Hermila vino a aparecer en la esfera pública, desdibujando sus límites. El Primer Congreso Feminista de Yucatán, celebrado en enero de 1916, terminó con resoluciones de las feministas “moderadas”, como lo son: la educación laica y anticlerical; la dedicación de la mujer a nuevas actividades consideradas femeninas; la introducción de la educación racionalista (pero a mediano plazo) y la posibilidad de votar y ser votadas en el futuro. El voto femenino aún no se dio en la constitución de 1917. Sin embargo, poco a poco las mujeres fueron ganando espacios. Hubo que esperar hasta la década de los cincuenta para que se concediera el voto. Para 1978, ya existían varias ejidatarias, quienes representaban el uno por ciento de la superficie ejidal. Treinta años después, las mujeres ya representan al quince por ciento del ejido. Vamos poco a poco, y todavía tenemos muchas tareas pendientes para lograr un reconocimiento equitativo para las mujeres y los hombres en nuestro país, en especial, en el estudio del proceso de la Revolución Mexicana.

VI. La participación de la coronela María de la Luz Espinoza Barrera en la Revolución mexicana

Doña Luchita, como la llamaban, es una de las pocas mujeres que tomó las armas durante diez años, de 1910 a 1920, y que obtuvo el grado de coronela por sus propios méritos. Siempre estuvo al mando del general Francisco Mendoza, quien fuera uno de los dirigentes que firmó el Plan de Ayala. Su vida es tan apasionante que podría ser material para una novela. No conoció a su madre y fue “amamantada” por una chiva, por lo que éste era como una madre para ella. Creció entre los becerros y aprendió a jinetearlos. Se hizo de un carácter fuerte y algo violento. No se identificaba con las mujeres. Al parecer, pensaba como hombre y actuó como uno de ellos, siendo soldado.

Doña Luchita nació por el año de 1887 en la ciudad de México. No conoció a su madre, pues falleció al dar a luz. Su padre era ya mayor, no trabajaba y poseía un rancho en Balbuena, de donde obtenía recursos, además de ser dueño de tres casas. De niña vivió en la Ciudad de México, en el callejón de California. Sufrió mucho la falta de su mamá, a quien nunca conoció y la cuidaba su hermana mayor. No fue a la escuela, en ese entonces se acostumbraba que maestras fueran a enseñar a los niños a sus casas, pero a ella no le gustó ninguna, ni sus clases, no le gustaba aprender el silabario, por lo que nunca aprendió a leer y escribir. Ella prefería el campo, jinetear con los becerros y montarlos, por lo que se dedicó a cuidar cabras.

En 1905 fue condenada a 12 años de prisión (aunque sólo estuvo cinco) por asesinato, en una pelea a muerte, a una mujer que era amante de su marido, que la golpeaba y la maltrataba. Estuvo en la cárcel de Belén donde escuchó sobre la Revolución. Seguramente que le estancia en este lugar tuvo mucho que ver con su decisión de tomar

las armas al lado de Zapata, si consideramos que este lugar fue considerado cuna ideológica del Partido Liberal Mexicano y además estuvo Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, quien estaba ahí encarcelada por participar en la Conspiración de Díaz y otras mujeres detenidas por sus ideas; es muy probable que doña Luchita hubiese entablado conversaciones con ellas. Después de salir, en 1910, ya tenía la inquietud de incorporarse al movimiento armado. Regresó a su casa pero no se sintió a gusto, no quería dar lástima y no se sentía querida por su madrastra. Después de más o menos cuatro meses de no hallarse con su familia, decidió unirse “a la bola”. Al inicio se enroló para buscar a su marido y matarlo, pues le tenía mucho odio; pero supo que ya lo habían matado. De todos modos, ella continuó por los ideales de tierra y libertad.

MLB: ‘Estaba decepcionada y dije: Me voy a la revolución y si me matan, que me maten y me fui con el general Mendoza. Me arreglé con ellos y me hice general y él me pasó con varios generales... Era Carmelo. Era gente de Francisco Mendoza’.

Parece que sus compañeros de tropa la trataron como si fuera hombre. Se vestía como los hombres, fumaba, bebía, jugaba baraja, dados y le temían. Realmente era de armas tomar, y capaz de matar a cualquiera que quisiera abusar de ella. ¿Dónde quedó la supuesta delicadeza, modestia y gracia femeninas?

Como ella dice: “una mujer se defiende como puede”, la mujer no es indefensa por serlo, ella es capaz de defenderse con los medios que tenga a su alcance, aunque sea a arañazos, patadas, mordidas, pegándole en la nuca, etcétera.

Doña Luchita no hacía labores propias de las soldaderas, como abastecer de comida, cocinar, lavar la ropa, cuidar enfermos, o no lo comenta. Se identifica con los hombres, como si fuera uno de ellos.

Cuando no había Revolución estábamos en el cerro jugando baraja, cantando canciones, componiendo canciones, jugando dados. [...] Comíamos fruta, hierba, tortilla dura que nos mandaban en unas mulas en la noche. Guayabas, verdolagas, nopales. [...] Pasaban hasta cuatro días de no comer, no dormir y nos íbamos a los campo [...] Estábamos tranquilos cuando, no había nada, que nos íbamos al cerro, más sin embargo, teníamos vigilancia. Gastábamos tan siquiera, pues contentos, jugando baraja por allá, otros para acá, otros durmiendo, otros comiendo, tortillas duras que nos daban [risas]. No [ininteligible] una, pareja parada de mulas, con totopos, y nos daban un puñito a cada uno, hasta que alcanzara. Eso era nuestra comida, y un jarro de agua cargábamos, o ánforas grandes... de las que les quitábamos a los huachi [ininteligible], cargábamos.

Doña Luchita subió de rango militar para llegar a ser teniente coronel con su esfuerzo y méritos, poco a poco, como en un escalafón. Muchas coronelas obtenían este grado para obtener protección o pensión. Sin embargo, Luchita fue de las pocas que lo obtuvo por méritos propios.

Su testimonio de la toma de Cuautla:

RB: ¿Cómo estuvo lo de Cuautla?

MLB: Ahí sí estuvo feo.

RB: Es decir.

MLB: Allí entramos, pero no como... entramos por los cuatro costados también, allá había harto pelón, harto y, allí si nos batimos luego. Por qué se habían parapetado los pelones hasta en la parcia, y tuvimos que haber echado gasolina a la parcia y prenderle cerillo.

RB: ¿Y quién hizo esto?

MLB: Fue Zapata.

RB: Zapata. ¿Fue su idea?

MLB: Fue su idea. Y ya conforme íbamos saliendo, pues íbamos [ininteligible]. Pero ya habían [ininteligible], ya nosotros allí sí corría la sangre, como agua.

Esto sucedió el 8 de mayo en 1911 y fue terrible. Se trató de un sitio que duró seis días y después, entraron a la ciudad, incendiándola.

También participó en el sitio de Jonacatepec, que le pareció menos pesado que el de Cuautla. El sitio de Puebla también le pareció pesado. Pero, ¿cuál es la fuerza y motivación que le hacía luchar? Tenía un carácter muy fuerte y, para ella, no todo eran penas. Esta mujer luchaba por los ideales, que eran los que la mantenían. Peleaba por una nación libre y se unió a la causa con la idea, como muchos zapatistas, de que tenían que ganar. Ya no se sentía pertenecer a ningún lugar y encontró en la lucha revolucionaria, su espacio; una convicción de que la lucha era por el bien del país. Y consideraba que los zapatistas sabían por qué peleaban. Así nos lo dice:

RB: ¿Y usted cree que los zapatistas sabían para qué peleaban, entendían qué es lo que querían?

MLB: sí, cómo no íbamos a entender lo que peleábamos. Peleábamos: tierra, agua y libertad. Y peleaban que ningún desconocido viniera aquí a comprarnos las... este las tierras y sembrando los campos de México. Si nosotros no íbamos a buscar sus tierras, por qué ellos las buscaron aquí. Es cierto, la gente estaba muy pobre, es tal vez.

Esto también le proporcionaba una especie de satisfacción, como lo demuestra en el siguiente fragmento:

MLB: Y ya [ininteligible], así es que para mí todas [las batallas] fueron duras y todas sabrosas.

RB: A la vez, ¿verdad?

MLB: Sí.

RB: ¿Por qué sabrosas?

RB: Sí.

MLB: Porque tan siquiera tenemos aquél orgullo que decir “¡Peleamos pero, con satisfacción! Comen ahora pero, por nosotros, malo es aquél [ininteligible] ¿verdad?, que nos trate mal, porque primero Dios, después de Dios. ¿Por quién vive uno? Por los que ganamos, ¿qué hiciéramos hoy si nos hubieran ganado? Y estuviéramos debajo de las mesas de las demás

naciones, comiéndonos las escamochas y encuerados, chillando. ¿Qué hiciéramos? Una desgracia, ¿verdad? Y siendo nuestro México; ¡tan lindo y poderoso! No, yo, ni a otra nación le pido que, que le gane, a que ya, a que tenga su nación libre, ¿no es verdad? Ni a nosotros que nos ganen.

Después de que murió Zapata, entre 1919 y 1920, vivió en Yautepec y se dedicó a vender ropa como ambulante. Sus vecinos la conocieron como la Coronela o Doña Lucha. En sus últimos años, vivía sola. Era una mujer muy mal hablada, ruda, y a veces portaba pistola. Vivió de manera modesta y rentó en una vecindad en el mero centro de la ciudad de Yautepec, en un lugar donde se reunieron, en agosto de 1911, Zapata y Madero para establecer una serie de diferencias en cuanto al proyecto político y social de la Revolución, al lado del proyecto democratizador de Francisco I. Madero. En esta reunión, ella debió estar presente. Ella eligió este lugar para vivir y rentó. Fue una de las veteranas de la Revolución reconocida con una modesta pensión en 1970³. Falleció el 23 de marzo de 1977. Sus restos yacen en el panteón de Yautepec, junto con los de su sobrino Fulgencio Barrera.

Doña Lucha entró a las filas zapatistas en una situación de decepción y con convicción de las causas zapatistas: tierra, agua y libertad. Se nota que era una mujer de ideales, y en la que el “orgullo”, porque su grupo resultara vencedor, tenía un peso muy importante; también tenía gran fe en Dios y en la Virgen de Guadalupe. Ella reconoció a otras mujeres, que conoció en combate, como guerreras, y de quienes se nota tener buena opinión, pues nos dice que eran muy distinguidas. Ellas eran: la güera Miriam, Esperanza Chavarría, la China, Carmen la Costeña, de Guerrero, la Güera Amelia, la Loreto y una María.

³ Mildred Boyd, “Women at war” en: *México’s Leading English Language Publication*, January 2004, Guadalajara-Lakeside, Volume 20, #5. Tomado de <http://www.chapala.com/chapala/ojo2004/womenwar.html>

Luchita se siente muy orgullosa de haber obtenido el grado de coronela por sus propios méritos, quien se enroló en el Ejército Libertador del Sur y se puso a las órdenes del general Francisco Mendoza de 1910 a 1920, siendo una de los pocos que estuvo activa con los zapatistas hasta el final. Al inicio no querían aceptarla debido a que era mujer, pero se vistió como hombre, aunque conservó en trenzas su larga cabellera, por lo que le llamaron La Pachona, entró como soldado raso y fue subiendo de rango hasta llegar al grado de coronela en 1918.

Debemos comprenderla no a la luz de una razón fría, sino en el contexto de su interior tumultuoso, de su furia desatada. Ella no tuvo el amor y cariño de una madre, fue criada por una chiva, en un ambiente salvaje, no se sentía pertenecer a ningún lugar, en la cárcel de Belén escuchó sobre el movimiento de la Revolución y sobre Madero, conoció directamente a Zapata y es indudable que su admiración y su magnetismo la convencieron. Como ella misma lo describe cuando lo conoció: “parecía un santo, con su sombrero, y sus bigototes, bien peinaditos”. Luchita nos dice que Zapata veía con muy buenos ojos a las mujeres arrojadas y valientes y que él decía “necesitamos más de esas mujeres arrojadas, gente que no se venda, gente que sea de fiar y se una a la causa”.

Ella no se identificaba con las soldaderas, mientras ellas cocinaban, lavaban ropa, curaban, daban sepultura o quemaban a los muertos, Luchita limpiaba armas.

Después de la Revolución estuvo deambulando por varios lugares, posiblemente como guerrillera. Su carácter era muy distinto a lo que se esperaba de una mujer, pues fumaba, bebía, apostaba en el juego y no le temía a los hombres, pues se podía participar en pleitos de borrachos fácilmente, hasta que decidió llegar a vivir a Yautepec, donde tenía un

sobrino. Es curioso que llegara a vivir y pasar sus últimos días en el Hotel Central, un lugar muy emblemático del centro de Yautepec y considerado patrimonio histórico, pues cuentan que allí es donde se celebró una reunión histórica en agosto de 1911 entre Zapata y Madero. Vivió de manera modesta, cerca de su sobrino, pero sola, pues le gustaba ser independiente. Es una de las pocas mujeres que recibió pensión como veterana de la Revolución y sus restos yacen en el panteón de Yautepec, y algunos consideran que es difícil que haya participado en tantas batallas, siendo mujer.

Bibliografía

- Boyd, Mildred (2004), "Women at War" en: *El ojo del lago. Mexico's Leading English Language Publication*, Guadalajara-Lakeside, volume 20, No. 5. Disponible en <http://www.chapala.com/chapala/ojo2004/womenwar.html> [mayo, 2010].
- Burton Carvajal, Julianne (2002), *Matilde Landeta, hija de la Revolución*, México: Arte e Imagen, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Imcine.
- Cárdenas Trueba, Olga, (s.f.) Amelia Robles Ávila (1889-1984). Disponible en: www.bibliotecas.tv/zapata/zapatistas/amelia_robles.html [mayo, 2010]
- Castorela Castro, Elsa (s.f.). *El amor en la revolución del sur*, serie radiofónica, Morelos, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias. (AUDIO)
- Corridos sobre Emiliano Zapata y los Zapatistas*. Disponible en: www.bibliotecas.tv/zapata/corridos/index.html [mayo, 2010].

- Espejo Barrera, Amador (1997). *Guerrilleros y lugares de Zapata*, Morelos: Dirección General de Culturas Populares.
- Gómez Garduño, Rocío Aída (2009). *En el corazón de Acatlipa. Testimonios y recuerdos de sus habitantes mayores*, México: Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias.
- Hidalgo, Claudia (2010), "Se hicieron famosas entre fuego y metralla", en: *Milenio*, Tendencias, 9 de mayo de 2010. Disponible en: <<http://www.milenio.com/node/440069>> [mayo, 2010]
- Jaiven, Ana Lau (1995), "Las mujeres en la Revolución Mexicana. Un punto de vista historiográfico", en: *Secuencia*, Nueva Época, México, sept-dic 95, p. 85-102.
- King, Rosa (1997), *Tempestad sobre México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Macías, Anna (1940), *Contra viento y marea: El movimiento feminista en México hasta 1940*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, Colección libros del Programa Universitario de Estudios de Género.
- Mujeres en la vida cívica de México*, Instituto de la Mujer del Estado de Morelos. Disponible en: <www.imm.morelos.gob.mx/mujeres.html> [mayo, 2010].
- Orellana Trinidad, Laura (2001). *Hermila Galindo: una mujer moderna*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Poniatowska, Elena (1999), *Las soldaderas*, México: Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Pachuca, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Salgado, Eva (1985). "Fragmentos de Historia Popular II. Las mujeres en la Revolución", en: *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, México: Instituto Mora, Sept/Dic 1985, p. 206-218.

Fuente Oral

Entrevista con María de la Luz Espinoza Barrera, realizada por Rosalind Rosoff y Anita Aguilar, transcrita por Teresa Bernal López en el año de 1982, en Archivo de la Palabra del Instituto Mora, PHO/1/206.

Entrevista con el Lic. César Ortiz, Director de Patrimonio Cultural de Yautepec, Morelos, en julio de 2010.

Entrevista con Lic. Gustavo Garibay, Director de Patrimonio Municipal de Yautepec, Morelos, en julio de 2010.

Entrevistas breves con vecinos del centro de Yautepec, Morelos en julio de 2010.

Rocío Aída Gómez Garduño: Licenciada en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestra en Antropología por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Profesionista independiente, actualmente imparte talleres de autobiografía. Sus líneas de investigación comprenden: identidad, pueblos originarios, historia oral. Entre sus últimas publicaciones están: *En el corazón de Acatlipa* (2009), *Comunicación ahora. Español 3*, (2000), *La Promesa incumplida de Erich Fromm* (1995).